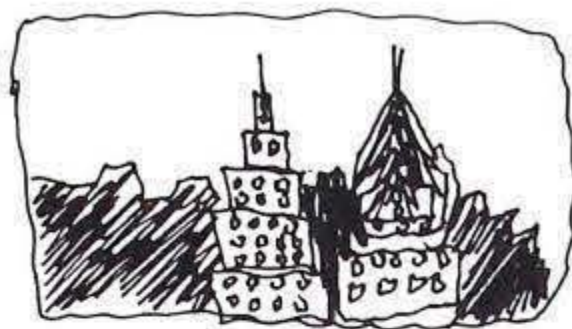


lius, Aratus, Mummius, Favorinus, Propertius, etc., que campean sin cédula de naturalización en el libro de López Jaramillo. La ignorancia del griego moderno y, por ende, un deficiente conocimiento de la Grecia de nuestros días han impedido también a nuestro traductor presentarnos un escrito exento de las transcripciones extranjerizantes de nombres y apellidos, tan criticadas a propósito de nuestros periódicos y que, esto no obstante, continúan empeñándose en hacer creer a la gente que toda persona, no importa dónde haya nacido en lo vasto y variado de nuestro planeta, tiene nombre inglés o francés, anglicizado o afrancesado. Es útil, pues, que el lector sepa que el Constantin Cavafy de López Jaramillo se llamaba Constandinos (en español Constantino) Cavafis; que el primer editor de sus poemas "canónicos" era Alecos (esp. Alejandro) Sengópulos, y no Alexander Singopoulos, o Sengopoulos; que el editor griego más autorizado de la obra de Cavafis sigue siendo Yorgos (esp. Jorge) Savvidis, y no Georges Savdis; que quien presentó por vez primera la poesía de Cavafis al público de Grecia fue Grigorios (esp. Gregorio) Xenópulos, y no Gregory Xenopoulos; que la revista griega que cita López Jaramillo en la página 201 es *Nea Zoí*, y no *Nea Zoe*, y, en fin, otras cosas para las cuales ya no nos queda espacio.

Bajo esta luz, ¿será verdad—como nos lo asegura López Jaramillo (pág. III)— que "el lector estudioso puede tener la seguridad de encontrar reunido en este libro el más autorizado corpus erudito que existe actualmente en español sobre estos poemas"? Nuestra opinión, bajo esta luz, se inclina más bien a reconocer la verdad en las palabras de Jorge Zalamea citadas por el autor (pág. VIII) y que aquí nos permitimos parafrasear ligeramente: el conocimiento de la Hélade continúa siendo "nuestra más secreta vergüenza".

JORGE PÁRAMO POMAREDA



¿No hay poetas en la costa?

Poetas en abril

Luz Eugenia Sierra

Fundación Talleres de Medellín, 1985, 364 págs.

Este libro parece más uno de esos directorios especializados, como el de abogados o el de equipos para oficina, que una antología. Éste sería, digamos, el directorio de poetas costeños, y, como en cualquier directorio, pueden estar todos los que se pretenden poetas, sin importar calidad, edad, tendencia. Incluso su presentación tiene ese estilo publicitario: propagandas en las últimas páginas, y fotografías de página entera de cada poeta para acompañar apenas unos cuantos poemas, como si importara más "la pinta" que el texto. La antologista es, a su vez, una especie de gerente de ventas: su nombre aparece en grandes letras, y sus palabras de introducción son las más vendedoras: alusiones irremediables a García Márquez, y ditirambos para resaltar "una excelsa factura en el trabajo poético".

Pero aun si se deja a un lado el mal gusto de las fotografías, o las sospechas que despierta tal cantidad (¡35!) de "excelsos" poetas, y se atiende sólo a la letra, se descubre una realidad aplastante: no hay, en 364 páginas, ni un solo poema que valga la pena. Hay, en cambio, un verdadero compendio de los vicios, lugares comunes, imitaciones, y hasta viles copias, con los que se hace la inmensa mayoría de nuestra poesía. Siendo generosos, se podría decir que ésta es la única utilidad de *Poetas en abril*: enseñar—muy a pesar de lo que pretende la antología— en qué consiste la tan promocionada abundancia de poetas colombianos.

En cuanto a las imitaciones y los lugares comunes, cabe señalar que

van desde García Lorca ("Son las cinco y cuarto de la tarde") hasta los versos de palabras de Ungaretti:

*En su lecho
Tumba
De basalto
Los amantes
La Historia
Los acoge
En el orgasmo
Detenido*

y pasan, claro está, por Borges y Paz y Nicolás Guillén, hasta uno que otro compositor de *rock* y vallenatos. No falta el que "habita despierto entre los sueños" ni el que no canta "un dolor de exportación", ni la que compara "la tarde y la tristeza", o el que le dedica poemas a escritores y actrices de cine. No faltan tampoco "las guerras ganadas y perdidas", y el "padecer los días y las noches", o el poema que se deshace "en la orilla de la página", o el que esta "solo en medio del desamor", o la que ruega para que el amante se quede "vagando entre mis versos", o dice que "también el hielo abrasa".

De los vicios habría que destacar el más común y el más grave de todos; que es el de creer que la poesía no es más que una prosa cortada en versos:

*El camión de la Shell aún no ha
llegado
como todos los días
con dos hombres engrasados
[...]
En la trastienda Noam sigue
atendiendo su
burdelito de baratijas y de tetas
flácidas,
donde se pudren al calor de las
tardes
amores de quinceañeras que ya
han trasegado
otros dispensaderos de placeres
rápidos y
han ajado su ternura en los
sudores
[...]*

*Se achantó en esto último:
tarareó boleros los primeros días
pagó a crédito los muebles
pasó a las jaquecas, a los partos*

Los pocos que no caen en esta fórmula se hunden en otros esquemas igual de desabridos: poemas con un falso tono de castillos medievales, donde abundan los olivos, las hadas, los demonios, los cánticos, el lapislázuli, hasta otros que se disfrazan de nadaístas.

Aunque se puede seguir la costumbre tan nuestra de elogiar el esfuerzo y la buena voluntad, creo que ya va siendo hora de exigirles tanto a los poetas como a los antologistas un mínimo de rigor y calidad. Si no se hace, la poesía va a perder los pocos lectores que le quedan.

DANIEL WINOGRAD

Poeta a pesar de piedra y cielo

La luna y un zapato

Hernando Rivera Jaramillo

Ediciones de Autores Antioqueños,
vol. 9, Medellín, 1985

¿Por qué sólo ahora se publica esta obra de Rivera Jaramillo si generacionalmente tuvo compañeros política y socialmente tan importantes? Sacar a destiempo una obra tiene, como sabemos, sus riesgos, sobre todo si una tardía reivindicación se hace bajo la impronta del compañerismo y no bajo el rigor implícito en una sensibilidad que, como señala Walter Benjamin, busca piedras preciosas en el fondo del mar. Y cuando además sigue faltando una perspectiva crítica que al situar una obra no asimile, por ejemplo, la grandeza de un fracaso a una simple mediocridad, lo que sigue justificando veladamente el emocionalismo, la devoción provinciana, dejando que muchas obras carezcan de verdadera visión objetiva, caso Valencia, caso León de Greiff.

Vencer la proclividad sentimental es, pues, una tarea que exige más que escrúpulos en la medida en que vivimos en un medio donde lo espontáneo, lo silvestre continúan marcándole pautas a la llamada poesía de todos los días: ¿cuándo llegaremos

a situar en su verdadero lugar a los piedracielistas? Sin duda alguna, en el momento en que logremos vencer la idea retórica —y aún subterráneamente vigente— de la poesía “recitada”: ¿no es ahí donde pierde validez buena parte del Carranza oficial? Ya que en la medida en que un poeta como Juan Ramón recupera su real estatura ética, en esa medida, ante el inmenso creador de *Melancolía* y *Espacio*, el poeta defensor de la república, se nos hace paradójico que entre nosotros se lo siga confundiendo con un hacedor de metáforas retóricas. Lo que sucede aún con García Lorca, reducido a ser autor de blandos romances toreros y aldeanos, y no a lo que su elevado rigor plantea como tarea de una voluntad lírica.

Digo todo esto porque *La luna y un zapato* es un libro que nace y crece bajo la impronta de lo que entre nosotros se continúa identificando como el piedracielismo. Capítulos como *Patrias del hombre*, *Canciones* identifican la presencia de ese metaforismo: “Río que pasa por el alma/bajo puentes de miedo/por regiones oscuras/y árboles de silencio”. Hasta el infaltable romance torero: “Torero mira de frente/con el corazón llorando/tiene que matar su muerte,/morir con ella, luchando”. Fórmula al uso que va desde Nicolás Guillén hasta cualquier folclorólogo actual y que señala, sin duda también, la infaltable caída en los gustos vigentes. Pero en Rivera Jaramillo puede más el poeta que busca la poesía que el hombre circunstancial a quien rodean los vicios y torpezas de una generación. Por eso digo que no puede equipararse el exceso de quien arriesga, con el logro de ocasión de quien simplemente ilustró ese gusto vigente. Rivera Jaramillo sabe, sin embargo, que vencer lo retórico, ir más allá de lo declamatorio, significa escoger lo que en toda ascesis se da: esto es, una purificación interior donde el escribir va asociado a una manera de vivir —a hablar por la calle con los ángeles—. De este modo la imagen que fue esquiva o se redujo a hacer frases va liberándose, va dejándose ver. Vence lo que verdade-

ramente es poesía en el poeta contra lo que era camisa de fuerza de una receta literaria: “Oh, la antigua niñez de un dios enamorado,/que juega a escondidas detrás del pan y el vino,/en racimo y gavilla, exprimido y segado, me deja solo y ciego vagar por el camino”. Cercanía tímida de lo dionisiaco que se apaga en el rumor de antiguas tristezas raciales: “Vivo de lo que fuiste y lo que eras,/y esperando el pasado es como espero/tal vez en las futuras primaveras”.

Esa ascesis lo conduce a la pureza que deseábamos: “¿Qué más espera el barro muerto,/en pie las paredes pisadas/en litúrgicas danzas amadas,/si el caserón quedó desierto?”. Afortunadamente Juan Ramón llegó a estar en Rivera Jaramillo no a través de la retórica de sus intermediarios sino en aquello que una sensibilidad despierta en otra como identificación extraña, como afinidad sólida: “Espejos, salas abandonadas,/pupilas claras del silencio,/habitaciones en donde pasa/escondido un tiempo”. Es el paisaje interior como conquista soberana del poeta: “Ni jardines rodean la inocencia/de esta agua enamorada y pensativa,/ni en su brocal de oro el pez se aviva/ni junco y perla están en su conciencia”.

Inesperadamente se aproxima la voluntad lírica, aquella que, desnuda, equilibra el sentimiento con la necesidad del cosmos, la medida de la muerte. “Nunca estaré completamente muerto/cuando muera. De todo lo lejano, haré mi poema, y del silencio/que tiembla húmedo y frío como un cántaro”. Al inicial acento unamuniano lo rescata con el tono abiertamente panteísta de los versos finales. Y panteísta es a la postre su búsqueda dentro del clamor de la alegría que proviene de la iluminación que ha sabido elevarse por encima de las circunstancias personales. Porque esta es la cualidad esencial de la actitud lírica: ir más allá de lo que es personal para disolverse en las imágenes primordiales que dan sentido a la vida y confieren a la muerte su significado de metáfora total.

De pronto es un sorprendente hallazgo que nos recuerda a Cavafis: